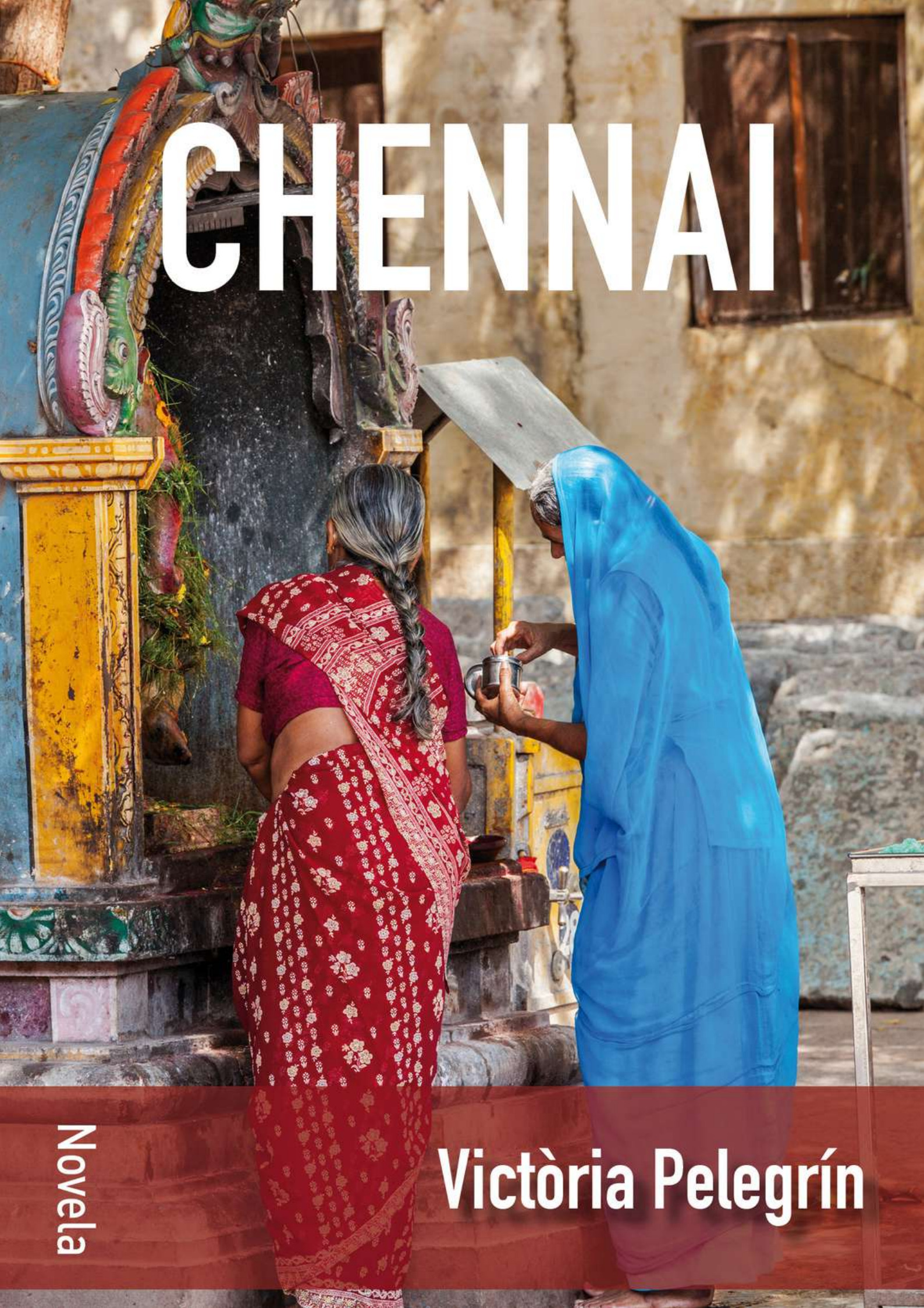


CHENNAI

A photograph of two elderly women at a temple shrine in Chennai. The woman on the left is wearing a red sari with a white floral pattern and has her hair in a long braid. The woman on the right is wearing a bright blue sari and is holding a small metal cup. They are standing in front of a dark, ornate shrine with colorful carvings. The background shows a weathered stone wall and a window.

Novela

Victòria Pelegrín

*Per a qui sempre ha pensat
que l'amor no té límits.*

VICTÒRIA PELEGRÍN

— |

| —

— |

| —

EL SUEÑO

Intento abrir los ojos una y otra vez pero no puedo. Una sensación de pesadez me domina, me aniquila. Mi cuerpo está rígido, inerte, indefenso. Solo mi desquiciada mente se mantiene de esta parte. El bombardeo continuo de imágenes es inquietante. Visiones incoherentes y confusas hasta que aparecen los tejados pizarrosos del Nêuret y solo entonces todo parece cobrar sentido. El viejo hotel se alza entre las brumas de mi mente, impresionante y majestuoso, intemporal, ajeno a las huellas que el paso del tiempo ha dejado entre sus gruesos muros.

Una joven alta y rubia aparece jugando de un lado a otro, su cabello ondulado brilla con los tenues rayos de la tarde. Su imagen frágil y delicada ilumina el espacio concediéndole un aire sobrenatural, mágico. Quiero reconocerme en ella pero no lo consigo, parece tan vital y enérgica, que la envidio. ¡Cómo desearía meterme en su piel y transformarme! ¡Ser como ella!

Se detiene en la orilla del lago. Vaporosa y etérea, acaricia el agua con sus manos, juega con ella, deja que se escape entre sus dedos, meciéndola con suavidad, con dulzura. Su imagen irreal parece fantasmagórica y me hace temblar. Descubro sus ojos vacíos, lánguidos y ausentes buscando el reflejo de las frías aguas, pero en el agua quieta y muda no existe reflejo alguno.

Y de pronto, todo se precipita. Unas manos frías, poderosas la empujan por la espalda y en ese preciso instante me siento caer. ¡Quiero gritar y no puedo! Un vértigo aterrador se apodera de mi cuerpo. Voy sintiendo la caída, la sensación del vacío. La fuerza de la gravedad me atrae y me atrapa, pero no llego a rozar el agua. En el descenso voy vol-

viéndome pequeña, transformándome en ese ser, tomando su aspecto, su cuerpo, su aliento, su vida.

Por fin vislumbro la realidad: caer es morir. Me estoy muriendo y miro desesperadamente el agua porque quiero ver qué me espera. Quiero ver su rostro, su sonrisa, su mirada... Quiero liberarme de todos los lazos y dejarme ir pero nada de eso ocurre y me niego a caer. Me resisto a morir.

Si existe otra vida no hay nadie esperándome en ella.

Ahora sé que ni siquiera la muerte podrá liberarme de mi dolor. Tengo la certeza que ya nunca volveré a verle y ese terrible descubrimiento comprime mi corazón hasta hacerlo añicos.

Poco a poco mi cuerpo empieza a cambiar. Mis manos se vuelven huesudas y arrugadas, mi piel pecosa y blanca se vuelve quebradiza y flácida por el paso del tiempo. Y aquí sí me reconozco, envejecida por el peso con el que me ha cargado la vida.

Estoy en casa y parezco un tigre enjaulado. El espacio se hace inmensamente pequeño, asfixiante, y tengo dificultades para moverme. Voy a buscar agua. Me siento en el sofá y me tomo una primera píldora. Espero un momento. No siento nada y repito la operación. Tomo una segunda píldora y una tercera, y una cuarta y sigo sin sentir absolutamente nada. El tigre quiere salir de su jaula, quiere correr, liberarse de su encierro y, sin pensarlo, intento acabar con el frasco.

Soy consciente de lo que estoy haciendo y, aunque sigo sin percibir los efectos, por primera vez en mucho tiempo me siento completamente liberada y no hallo mayor paz que la de esperar a que llegue el momento, con todo el bagaje de mi vida a cuestas, con la sensación del deber cumplido.

Mi cabeza gira sobre sí misma y me dejo invadir por una dulce y cálida agonía. Ya no percibo prácticamente nada, solo el ruido de la puerta al abrirse me retiene de nuevo en este mundo. Gritos, voces y llantos que ya no consigo distinguir. Después, nada, oscuridad absoluta...

II

LUZERN

Aromas de café y galletas se entremezclaban con el ambiente floral que tanto caracterizaba al Nêuret. Traspasar el umbral era como viajar en el tiempo y convertirme de nuevo en la joven de veinte años que quería comerse el mundo, era como deshacer lo andado y empezar de nuevo.

Respirar profundamente y dejarme invadir por la sensación de paz que allí reinaba era todo cuanto deseaba hasta que me fijé en la foto del ángel. Había cambiado su emplazamiento inicial en el salón familiar para ocupar el hall de entrada del hotel. Imponente y turbadora, esa imagen seguía dominándolo todo, ejerciendo implacable su señorío con su sola presencia.

¡Cómo odiaba esa foto!

El rostro diáfano y luminoso, de ojos transparentes, aparecía enmarcado por unos cabellos rubios graciosamente ondulados que le otorgaban un aire etéreo y angelical. Era imposible no dejarse seducir por la ternura y la serenidad que la imagen irradiaba. Jamás fui más bella, más dulce, más delicada que esa vez y quizás por eso me rebelaba, porque aun siendo yo, esa foto se había convertido en un listón imposible de superar.

Fue durante unas Navidades cuando el abuelo Klaus tomó esa instantánea. Interpretaba el ángel que anunciaba el nacimiento de Jesús a los pastores y, evidentemente, mamá me vistió como requería la ocasión. Una túnica blanca con remates dorados y unas preciosas alas confeccionadas íntegramente con plumas de oca, plumas de un blanco inmaculado que mi madre había sacado de un viejo edredón y que había estado pegando una a una hasta cubrir completamente su superficie.

Esa estampa reflejaba mi infancia, la resumía y condensaba en un solo fotograma: años repletos de felicidad, con una vida perfecta en un entorno idílico y especial, único. Vivíamos en un hotel, un segundo hogar para muchos. Un espacio encantador, una excelente cocina y unas relaciones más que singulares, basadas en el peculiar carácter de mis abuelos, fundadores del hotel y sus extravagantes amistades venidas un poco de todas partes. Esa era nuestra tarjeta de visita. El resto lo complementaba el magnífico paisaje en el que se ubicaba la propiedad, a orillas del lago de Luzern, muy cercano al lugar donde el Reuss desembocaba en la inmensidad del lago de Cuatro Cantones. A espaldas de un pequeño bosque, el hotel estaba enmarcado por el perfil sinuoso del Pilatus Berg. El conjunto formaba una imagen de ensueño donde tanta belleza resultaba difícil de imaginar.

No resultaba fácil. Llevaba demasiado tiempo posponiendo mi regreso y la vuelta a casa despertaba sentimientos difíciles de asumir. El tiempo y la distancia habían hecho mella y, sin embargo, seguía embriagándome por ese olor especial que desprendía el hotel. Resultaba difícil de explicar pero traspasar sus muros lo relativizaba absolutamente todo. Me faltaba el aire. Me costaba avanzar, girar incluso el pomo de la puerta. Necesitaba unos instantes para asimilar las emociones que luchaban por abrirse paso. Sabía que del otro lado estarían mis padres esperándonos y temía ese momento más que cualquier otro. Llevaba veinte años deseándolo y temiéndolo. Siannah, sin embargo, no quería esperar más y se precipitó sobre la puerta abriéndola de par en par. Papá, absorto en la lectura, apenas si levantó la cabeza del periódico, fingiendo una indiferencia habitual en él. Mamá, sin embargo, estaba tan ansiosa que nada más vernos se abalanzó sobre nosotras como si le fuese la vida en ello.

Nuestras miradas se cruzaron y el tiempo pareció detenerse. Un silencio absoluto se estableció entre nosotras mientras asimilábamos los efectos del paso del tiempo en nuestros rostros, en nuestros cuerpos. Nuestras miradas estaban plagadas de mensajes pero ni uno solo era de reproche o reprobación. Sobraban las palabras, solo risas, lágrimas, abrazos. Ambas sabíamos cuánto nos habíamos negado con tantos años de renuncia.

—Hija... —consiguió balbucear—. Hija mía, ¿cómo estás?
—Estoy bien mamá, estoy bien —me fundí con ella en un largo y esperado abrazo—. Sé que mi aspecto no es demasiado bueno, pero créeme, me encuentro bien...

Habíamos sido capaces de dar el primer paso. Aquel abrazo suponía la base en la que establecer unos cimientos pero no podía decir lo mismo de papá. Apenas unas palabras amables pronunciadas sin abandonar su lectura me confirmaban que ni siquiera los años le permitían hacer concesiones.

Nuestra llegada había atraído a mi hermano Louis y a algunos de los empleados hasta la sala. Pocas eran las caras conocidas pero todo el mundo parecía haber estado esperando ese momento. La alegría y el alborozo lo invadían todo, aunque fue la voz ronca y ruda de la vieja Magrit la que acabó de desarmarme.

—¡Santo Dios, Maia! ¿Eres realmente tú? No tienes corazón... ¡Ven a abrazar a esta pobre vieja!

Magrit llevaba toda una vida con nosotros, formaba parte de la casa y de la familia, pero no solo eso, además de ser una excelente cocinera, se había ocupado de mí y de mis hermanos como una segunda madre y a ella no podía negarle nada. Nos fundimos en un tierno abrazo solo interrumpido por sus palabras llenas de sentido.

—¡Estás en los huesos! ¡Dame una semana y verás cómo te cambio el color!

—Gracias, Magr —la llamé cariñosamente, como siempre la había llamado, con un diminutivo que le destrozaba el nombre—. Solo me quedaré este fin de semana, pero tienes dos días para hacer conmigo lo que quieras.

Nos echamos a reír mientras Siannah observaba la escena con condescendencia, sin relajarse, sin dejarse ir. Era ella quien había asumido mi vida y mi recuperación desde esa oscura noche en la que lo di todo por acabado, la única que conocía mis secretos, mis frustraciones y mis debilidades. A pesar de su juventud, mi hija había asumido su rol protector con una determinación que me sorprendía gratamente. Sabía que la precariedad de mi salud iba más allá de mi deplorable aspecto y, consciente que no podía enfrentarme al tercer grado que se avecinaba, asumió la tarea de ofre-

cer todas las explicaciones. De hecho, ya llevaba semanas haciéndolo.

—Supongo que Siannah os habrá puesto al corriente del porqué de mi visita...

Rompí el improvisado silencio que acababa de establecerse. Mamá movió la cabeza en un gesto de asentimiento.

—Cariño, todas las cosas del abuelo están en el desván. Las trasladamos ahí a su muerte.

—Bien... Necesito encontrar sus fotografías y quiero ponerme cuanto antes. Magr, me gustaría que me preparases uno de tus deliciosos guisos para cenar. ¿Podrás?

La cocinera me dedicó una amplia sonrisa y, apretujándome las mejillas, me depositó sendos besos. Para Magrit seguía siendo su niña a pesar de haber superado largamente los cuarenta.

Apenas había enfilado los primeros escalones cuando la voz de Siannah me detuvo. Su relato era tan veraz que me inspiraba una tremenda compasión. Sus palabras carecían de morbo pero no omitían ningún tipo de detalle: mi creciente ofuscación, mi aspecto descuidado y desaliñado, mi deterioro físico y mental, la desatención a los alumnos y a las clases, las confusiones, el insomnio, la pérdida del trabajo... Todo, absolutamente todo, era puesto en evidencia para justificar lo ocurrido. Como el deterioro de la situación me puso contra las cuerdas llevándome al límite..., solo su oportuna llegada en el momento oportuno logró salvarme la vida.

No era la primera vez que la oía explicarlo pero todavía me sorprendía. Como si fuese otra la protagonista, me negaba a admitir la verdad y solamente el énfasis que Siannah ponía en sus reflexiones me generaba dudas razonables sobre lo ocurrido realmente.

Me apresuré a subir las escaleras. En mi espíritu una sola reflexión y un único objetivo, ambos trascendentales. El contacto con la muerte no me había convertido en otra persona. No me había cambiado. Ciertamente esa experiencia había alterado mi vida por completo, pero no me había convertido en alguien mejor ni diferente. Simplemente había abierto un abismo de dudas y de búsqueda interior que debía resolver y por eso estaba allí. Ese era mi objetivo, encontrar las

respuestas que necesitaba entre las fotos del abuelo porque las imágenes del sueño me llevaban a un recuerdo muy precario de un hecho que tuvo lugar allí, en el Nêuret, y necesitaba comprobar qué era real y qué era fruto de mi engañosa imaginación de cuanto sucedió esa noche.

Por primera vez me fijé en el aspecto decrepito que ofrecía el hotel y no me gustó en absoluto. Todo seguía exactamente igual a como yo lo recordaba pero el paso del tiempo había dejado una profunda huella. Todo parecía envejecido, oscuro, sucio. El Nêuret había perdido todo su glamour y su singularidad, estaba sucumbiendo como el gigante que se derrumba víctima de su propio peso. Quizá, como yo, ambos estábamos dando nuestros últimos suspiros...

Abrí la puerta del desván con el corazón encogido y la boca terriblemente seca. El olor a polvo enrarecía el ambiente y la luz lúgubre que se filtraba por las ventanas abiertas en el tejado me evocaba momentos pasados. Cuántas tardes de invierno habíamos pasado en aquel desván jugando al escondite, huyendo de la vigilancia obsesiva de la abuela Maia... Tomé aliento. “¡Manos a la obra!”, me dije. Había mucho que buscar y no podía dejarme llevar por más sentimentalismos. Pasé un buen rato removiendo entre cajas hasta encontrar lo que andaba buscando: el material fotográfico del abuelo.

La pasión por la fotografía en casa de los Meier no había surgido así, sin más. La historia de mi abuelo, Klaus Meier, determinaba claramente la historia de mi familia y, por tanto, la mía propia. Había hecho de la fotografía su profesión forjándose una brillante carrera en el Berlín de entre guerras, como fotógrafo de moda entre la sociedad pudiente y conservadora de entonces, carrera que se vio truncada con la invasión alemana de Austria. La sorpresa fue notable al descubrir centenares de fotos de esa época pero más aún al constatar el tipo de documentos: retazos de la historia del siglo XX vistos desde su privilegiada posición, estrenos en la ópera, celebraciones familiares y sociales en las que ellos eran a la vez observadores y protagonistas, bailes de gala, carreras de caballos, mítines, desfiles militares... ¿Era papá uno de esos muchachos integrados en las juventudes que desfilaban en las fotos? ¿Había sido el abuelo tan afín al

régimen como para codearse con todos ellos o simplemente había sido silencioso espectador a través de su objetivo?

Observaba todo aquello sin alcanzar a comprender su significado real. Nunca habíamos tenido acceso a esos documentos. De hecho, nunca supe de su existencia. Los abuelos siempre habían sido muy parcos al hablar de su vida en Berlín, era un periodo que no les gustaba recordar y del que teníamos pocas referencias. Existía una versión oficial muy sintética: coincidiendo con la invasión alemana de Austria, los abuelos se habían exiliado en Suiza con sus hijos y habían comprado el hotel. Nada más.

Esa información, ahora, me parecía del todo insuficiente. Yo siempre les consideré defensores a ultranza de las libertades y descubrir aquello me obligaba a plantear un pasado muy distinto al que creía que habían vivido.

Intenté ignorar los efectos que esas imágenes me producían, borrar todo atisbo de duda, porque no podía añadir más congoja a la que ya tenía. No podía sumergirme en divagaciones sobre las creencias políticas, filosóficas o morales de mis abuelos. No quería creerles afines a un régimen, a una ideología y a un pensamiento generador de una guerra que había arrasado Europa. No quería recordar las excéntricas amistades que habían frecuentado el Nêuret durante mi niñez. No podía seguir pero no podía omitir ese descubrimiento porque la repugnancia que me provocaba me revolvía el estómago.

Hice un último esfuerzo para abrir otra de sus cajas y fue entonces cuando las encontré. Cientos de fotos del hotel, cuando la pensión de los Scheidegger tras la compra y su posterior remodelación se convirtió en el Nêuret que todos conocíamos. Fotos de la ciudad, del lago de Cuatro Cantones, del Pilatus Berg..., incluso, fotos de los postres de la abuela fotografiados con glotonería por mi abuelo y, entre todas esas pequeñas maravillas, se hallaba un pequeño álbum con las tapas de terciopelo granate envejecido por el paso del tiempo y mi nombre grabado en su lomo.

Con ese hallazgo creí acabar mi búsqueda y quizás también mi obsesión. Me confirmaba que las imágenes que reproduce en mi sueño existían aunque yo no recordase haberlas visto. El abuelo se había superado por la calidad

artística, por las tonalidades, los contrastes de luz y los filtros utilizados. Distribuyéndolas de modo cronológico, las imágenes parecían cobrar vida a medida que pasaban las hojas por la energía y libertad que transmitían. Intangible, delicada, etérea, semejava un duendecillo del bosque, un ser inquietante y bullicioso que vibraba con la vitalidad y la fuerza que emanaba de cada una de las tomas. Empezaba a comprender el enorme componente de realidad que estas imágenes contenían aunque los tiempos fuesen otros. Mi sueño era el reflejo de una experiencia vivida, una experiencia de libertad, de conquista, de liberación personal.

No podía explicar mi estado de ánimo. Observaba las fotos con avidez, intentando meterme en la piel de la Maia niña, protagonista esencial de las imágenes y de mi recuerdo, pero la tarea no resultaba fácil. Los recuerdos distorsionados de la visión me lo impedían aunque poco a poco empezaba a dibujar caras, a poner fechas, a dilucidar qué era verdad y qué era producto de mi imaginación ¿Recordaba el día y el momento en el que se hicieron esas fotos? Ahora sí. Rotundamente. Fue un sábado de otoño, cuando con apenas trece años, el abuelo quiso convertirme para su objetivo en una ninfa del bosque. Esas habían sido literalmente sus palabras cuando me propuso hacer el reportaje. Habíamos llevado ese proyecto con el mayor secretismo, recorriendo los alrededores del hotel, buscando el mejor lugar, analizando la luz y preparándonos meticulosamente para el gran día. Escogimos entre los hermosos vestidos de la abuela aquel que mejor reflejaba la idea del abuelo, uno en gasa marfil y corte bajo que dibujaba finamente mis formas y acentuaba mi fragilidad. La brisa de la tarde rozaba mis cabellos llenos de flores silvestres y la suave y vaporosa tela ondeaba ciñéndose a mi cuerpo, perdiéndose entre sus pliegues y comisuras, insinuante, como una segunda piel. El día fresco y tristón fue coloreado con unos filtros que tiñeron las imágenes sugerentemente y fueron esas tonalidades, esos matices de color, los que mi mente reprodujo en el sueño, como si yo misma los hubiese revivido a través del objetivo de su vieja cámara.

Respiré profundamente. Desde que salí del hospital, mi principal objetivo había sido escarbar en el pasado, entender el significado del sueño, comprender por qué mi mente mal-

trecha había revivido precisamente ese momento. Ahora, sin embargo, con las imágenes entre mis manos, ahora que podía destriparlas, escudriñarlas, comprendía que no iba a obtener las respuestas que necesitaba de forma tan evidente. Su hallazgo no bastaría para acabar con el desarraigo que me devoraba.

¡Había puesto tantas expectativas en ello!

Mamá se acercó a hurtadillas y, con gran dificultad, tomó asiento a mi lado. Estaba tan absorta que no la oí llegar.

—¿Las has encontrado? Son esas las fotos que buscabas, ¿verdad? —preguntó con interés.

—Sí... Supongo que las habías visto.

—¡Sí, claro! Nos costaron una discusión con tu abuelo. ¿No lo recuerdas? Tras ese día estuviste enferma.

—Ya... —contesté lacónicamente.

Mis recuerdos se iban dibujando a medida que asimilaba las imágenes como verdad y mamá rellenaba los vacíos con el relato de lo sucedido ese día y los sucesivos, aunque, en su intento de acercamiento, estaba invadiendo un espacio íntimo y privado que yo todavía no estaba dispuesta a compartir.

—Pareces decepcionada, quizás no es lo que esperabas...

Mamá insistía sutilmente. Su afán por reconstruir un vínculo del todo inexistente era patente y yo no quería parecer descortés.

—No es eso... Simplemente... Simplemente esperaba entender por qué. ¿Por qué esas imágenes revivieron esa noche en mi mente? ¿Por qué todas ellas tenían como fondo el hotel? ¿Cómo podían ser tan reales si yo no las había visto? ¿Y... por qué miraba? ¡Da igual! ¡Tampoco lo entenderías!

—¡No seas así! Al menos déjame intentarlo. Hija, a veces no todo tiene una explicación ni un porqué sí... No siempre tenemos respuestas de por qué suceden las cosas y, otras veces, las razones son tan evidentes que nos negamos a admitir lo que percibimos. Maia, no busques respuestas complicadas si existe una mera posibilidad de que la respuesta pueda ser simple...

La escuchaba atentamente. Aunque me negase a admitirlo, sus palabras destilaban sensatez, lógica, evidencia. No me atreví a interrumpirla.

—Creo que no es casual la elección de un escenario tan ligado a tu vida como es el Nêuret —mamá proseguía en su reflexión. Era obvio que, entre matices, su explicación a todo lo ocurrido tenía que ver con la vuelta a casa—. Maia, tú siempre has estado muy unida a él, a su esencia. Mucho más que tus hermanos. Thomas solo vuelve por Navidades y Louis... Louis está aquí porque no tiene más remedio, pero, si pudiera, vendería la propiedad. Hija, creo que esa visión quería hacerte volver aquí porque seguramente es aquí por donde tienes que empezar. Volviendo a casa... —Su tono de voz cambió, preludio de un cambio en su mensaje—. Cariño, debemos pasar página, resolver nuestras diferencias. Debemos acabar con todo el daño que nos hemos hecho. Tendríamos...

Se rompió el hechizo. Estaba dispuesta a aproximarme de nuevo a ella pero no a oír sus argumentos de reconciliación. ¡No quería que fuese tan fácil!

—¡No sigas! ¿Crees que puedo borrar de un plumazo todo lo que ha pasado? ¿Crees que se puede pasar página a años de silencio, de desprecio? ¿Crees que podemos? Yo no...Yo no puedo.

—Maia... hija...

—Te agradezco el esfuerzo mamá, pero ¿has visto el recibimiento de papá? ¿Crees que él lo lamenta? Ni siquiera se ha dignado a levantar la vista del periódico. Ni siquiera me ha dado un abrazo. De verdad mamá, no... Me encanta estar aquí y verte y volver a casa, pero... ¡No me pidas que lo olvide todo porque no puedo!

Sus lágrimas rodaban por las mejillas, sabía que cuanto decía era cierto pero era muy tenaz y no iba a darse por vencida tan rápidamente.

—Cariño, no podemos borrar el pasado ni deshacer todo lo que hemos hecho mal. No podemos empezar de nuevo. ¡Es cierto! Pero, créeme, tenemos que hacer un esfuerzo. Por favor Maia, por favor...

Sin dejar de negar con la cabeza di la conversación por acabada, aunque las últimas palabras de mamá me parecieron una sentencia.

—¡Eres igual de tozuda que tu padre! ¡Los dos os negáis a ceder! ¡Parece como si mantuvieseis un pulso contra la vida,

contra todo, para ver quién de los dos tiene más razón y así no llegaremos a ningún sitio! Tu padre nunca dará el primer paso, lo sabes y tú... Tú te perderás la oportunidad de volver de nuevo a casa. Renunciarás de nuevo a tus raíces. ¡Y sabes que tengo razón porque te mueres por esta casa, por el ambiente que aquí se respira! ¡Porque sabes que aquí está tu verdadero hogar! ¡Tienes que asumirlo, hija! Y cuanto antes lo hagas, antes empezarás a vivir y a recuperarte. Cariño, la vida no nos devolverá a tu marido, pero nos está dando a todos una oportunidad... ¡Tienes que hacer las paces con tu padre!

Esas fueron las últimas palabras que alcancé a escuchar. No la oí cuando me decía que mi padre estaba enfermo ni cuando afirmaba que no le quedaba demasiado tiempo. Para entonces yo ya estaba en el exterior del hotel buscando el aire frío de la tarde y reprochándoles su falta de apoyos, su intransigencia y el fanatismo del que me consideraba víctima.

El tenue sol de la tarde teñía con destellos rojizos la nieve que se acumulaba alrededor del hotel, ofreciendo una estampa absolutamente navideña en pleno febrero. La tarde era muy fría y los tímidos rayos no conseguían aliviar esa sensación. El hotel retomaba su actividad con la llegada de los huéspedes que ponían fin a su jornada de esquí o de paseo por las pistas forestales. Mientras todos regresaban al calor del hogar, yo necesitaba aire fresco.

Me acerqué hasta la orilla del lago, respirando el aire a bocanadas como si con ello pudiese llenarme de la energía que desprendía el lugar. Estaba confundida. El descubrimiento de las afinidades de los abuelos intentaba sumarse a los sentimientos ya de por sí contradictorios que tenía, aunque conseguían explicar el modo de actuar de mis abuelos, la forma de pensar de mis padres, su visión completamente sesgada del mundo y sus desafortunados principios morales que tanto nos habían perjudicado. El hallazgo permitía encajar muchas piezas del puzle. Sin embargo, las respuestas que yo había venido a buscar no estaban y debería esperar para encontrarlas.

Dejé ir la mirada perdida en las aguas violáceas y de pronto me descubrí indagando en su fondo. Solo la montaña

solitaria ofrecía su tenue reflejo en las aguas frías. No existía en el mundo belleza más singular que aquella. Seguía sin tener respuestas, pero me descubría una sensación nueva, agradable, extraña. Una paz interior empezaba a insinuarse. Volví mis ojos hacia el hotel y acepté las palabras de mi madre como ciertas. El Nêuret era mi casa, mi hogar y era el regreso a mis orígenes lo que me llenaba de energía. De pronto veía claro que mi vida más inmediata consistía en aferrarme a las pequeñas cosas que me rodeaban y que estuviesen a mi alcance: mis hijas, mis pocas amistades, mi recuperación física y mental. Y esos iban a ser mis objetivos, acciones tan ínfimamente pequeñas que resultase imposible no cumplirlas. Ahora sabía que todo dependía de mí, de mi voluntad y de mi empeño.

III

GINEBRA

Trece días habían transcurrido desde nuestra estancia en el Nêuret y, lejos de lo que imaginaba, nada había vuelto a su cauce. El regreso al hogar me había cargado de energía pero la vuelta a la ciudad pronto había roto el hechizo. Las largas horas de encierro, los eternos días, grises y fríos, la falta de sol y de calor me provocaba una tristeza inusual. Adoraba el frío, adoraba la nieve y, sin embargo, mi cuerpo se extrañaba de los días cálidos y radiantes de Chennai. Añoraba la libertad de sus calles, añoraba sus gentes, su olor, su esencia... tanto, que esa necesidad me producía una desazón y una rabia difíciles de controlar.

No había conciliación posible entre mi cuerpo y mi mente, entre mis obligaciones y mis deseos, entre mi salud y mi pesadumbre. Mi deterioro, a pesar de mis firmes convicciones, era cada vez más evidente y me colocaba de nuevo en la cuerda floja. De nada servían mis planes y mis buenas intenciones. Recuperar la normalidad desde tan abajo requería intervención profesional y un trabajo arduo y comprometido por mi parte y Siannah, consciente de la realidad, se debatía entre la necesidad del soporte médico más adecuado y la rotundidad con la que yo me negaba a ser tratada. Mientras, mis obsesiones seguían adueñándose de mí día a día.

El escrutinio de las fotos era una de ellas. Me negaba a aceptar la teoría simple y llana de mi madre que se basaba en: “visión, igual regreso a casa”. Yo seguía aferrándome a una idea que me carcomía. Había algo en las visiones de esa noche que iba más allá de cualquier explicación racional y coherente. Era un *déjà vu*. No sabía cómo explicarlo, no hallaba palabras ni razones, pero algo superior me obligaba

a seguir indagando. Cerraba los ojos y revivía cada instante. Repasaba una a una todas las imágenes del sueño superponiéndolas mentalmente a las fotos hechas por el abuelo. Fotograma a fotograma, intentando ver un detalle, un gesto, un objeto fuera de contexto, algo que diese con la respuesta. Me perseguía especialmente la imagen del agua. Cuántas veces me había descubierto hurgando en ella, indagando en el reflejo, intentando ver a través de su profundidad el secreto que escondía, porque algo muy dentro de mí me aseguraba que las claves de mi vida se hallaban entre esas percepciones, como un enigma pendiente de descifrar.

Había encargado ampliaciones, había dibujado, subrayado y despedazado todos y cada uno de los detalles que se situaban en los diferentes planos, intentando mantener el máximo rigor en esa tarea. Contrastando las secuencias con el relato escrito de la forma más objetiva posible para no perder información alguna. Las paredes del estudio aparecían literalmente forradas con las imágenes, los recortes y las anotaciones que mi deteriorada mente iba sugiriendo y, conforme al paso de los días, los huecos de las paredes se llenaban sin obtener respuesta porque, en realidad, lo que yo esperaba era una revelación. En lo más profundo de mí ser, yo esperaba un milagro.

No era creyente pero aquella noche creí ver reflejado el paso a la otra orilla, sin monedas para el viaje ni preparación para el encuentro con las Parcas. Sin ceremonial que enmarcase el momento. No había túnel ni luz brillante que me arrastrase por él, simplemente, mi curiosidad por saber qué había en la otra orilla. Buscaba su rostro o su sonrisa, el dibujo de su silueta o la profundidad de su mirada, le buscaba con cualquiera de sus trajes grises y un cigarrillo en su mano izquierda, porque cualquiera de esos detalles hubiese bastado para dejarme llevar hacia la inmensidad impenetrable del agua y no lo hice. No lo hice porque él no estaba, porque no había nadie esperándome o porque en realidad...

Y llegados a este punto me detenía, me enfundaba el abrigo y salía a caminar por el parque de los Bastiones y su largo paseo arbolado en el que se iba alternando la fina lluvia invernal con los copos de nieve y, cuando regresaba, generalmente acompañada por la oscuridad de la tarde, sin

haber hallado consuelo ni explicación, me sumergía nuevamente en la tarea, esperando a cada vez desvelar los secretos y mensajes que seguían sin aflorar.

De ese modo sumaba las mañanas, las tardes y las noches sin orden alguno en las comidas, en las horas de descanso, sin más autodisciplina y actividad que la obsesión por dilucidar el significado del sueño y sin atender a las indicaciones de Sian-nah que, tras su imperturbable vigilancia, escondía el miedo a un nuevo desplome y con ello un nuevo intento de suicidio.

Suicidio. ¡Qué disparate! Como si eso pudiese llevarse a cabo por un desaire, por una flojedad... ¡No iba a sucumbir de nuevo a esa tentación! De hecho, ¿hubo tentación...?

Yo solo quería recuperar de nuevo mi vida, librarme de su vigilancia, de sus camelos y volver a ser dueña de mi tiempo, de mi espacio, de mi libertad. Yo quería encontrar respuestas y para ello debía indagar e indagar. Por ello había traído conmigo todo el material fotográfico del abuelo y todos los diarios de mi juventud que recuperé durante mi estancia.

La caja de terciopelo oscuro donde se guardaban seguía siendo tan vieja como cuando me la dieron. Estaba intacta, como mi habitación y como todo lo que un día allí deposité. Mamá había mantenido ese espacio como un santuario, un pequeño mausoleo en el que recordar a la hija perdida y en el que perpetuar su memoria. Tanto es así, que tuve reparos en abrirla y esperé varios días hasta sentirme preparada. Era como si temiese que todos mis fantasmas saliesen de una sola vez y me arrastrasen de nuevo al abismo. Nada de ello pasó, simplemente, al abrirla, una bocanada de aire envejecido con aromas de flores secas me llevó atrás en el tiempo. Con sumo cuidado, vacié la caja de todas sus pertenencias y fui depositándolas cuidadosamente sobre la mesilla del salón. Cada uno de los cuadernos estaba decorado con un particular esmero por lo que no fue demasiado difícil localizar el primero. Sus hojas amarillentas crujían al tocarlas, tanto que temía romperlas. Cuánta vida contenían y cuánta distancia nos separaba a las dos. Ya nada quedaba de la Maia de entonces, pero esa misma idea me hizo sonreír. Quería recuperarla y, como Alicia en su cuento, me sumergí en su lectura con el deseo de envolverme en la energía y la vitalidad de la muchacha que había escrito todo eso.

“Próxima estación Genève-Cornavin, ¡Genève-Cornavin!”. La voz hueca del revisor avisándonos de la inminente llegada a nuestro destino, me despertó de un sobresalto.

Todo había comenzado semanas antes con la noticia de mi admisión en la ETI, la prestigiosa Escuela Internacional de Traductores. Lo cierto es que había presentado una solicitud sin demasiadas expectativas y sin consultarlo con nadie por lo que la noticia sentó como una bomba. Se abrió un periodo de deliberaciones y negociaciones que acabaron finalmente con la claudicación de mi madre, porque mamá se negaba rotundamente a dejarme volar mientras que mi padre, más abierto, parecía comprender mi espíritu rebelde y emprendedor.

En el fondo era una chica inteligente y muy responsable que poseía una facultad innata para las lenguas. Obtener una plaza en la acreditada escuela solo ponía en valor unas habilidades que hasta ese momento habían pasado un tanto desapercibidas. Por lo demás, era una chica normal llena de deseos, ambiciones y ganas de comerme el mundo. Aunque era una persona abierta y afable, no era especialmente romántica ni sensiblera. Mi emotividad la despertaban los hechos cotidianos, palpables, las cosas genuinas, tangibles. Una mirada encendida, un rostro arrugado y expresivo, el deseo o el temblor que provocaba una caricia, la sonrisa de un niño... Tenía que verlo, sentirlo o vivirlo para plasmarlo en un trozo de papel. Me consideraba una mujer equilibrada y objetiva. Heredera de la frialdad germánica de mi madre, me gustaba controlar cada uno de mis actos, mi comportamiento y mis sentimientos. Con el tiempo comprendí que era una forma de suplir mi falta de confianza, supongo, fruto de mi inmadurez. Sin embargo, en esos años, esa forma de hacer me daba la seguridad necesaria para moverme cómodamente. Aunque había salido con varios chicos no había explorado demasiado en el mundo de los sentimientos. Nunca me había descubierto con el corazón dando tumbos de alegría o sentir como el estómago se me llenaba de mariposas. Por ello, la decisión de materializar esa nueva etapa de mi vida por escrito no correspondía pues a ningún tipo de sentimentalismo, sino a un ejercicio de iniciación a un mundo que tenía comple-

tamente vetado. Quería ser escritora. Ingenua, imaginaba un futuro prometedor en el arte de las letras y el momento escogido correspondía al de mi recién adquirida independencia cuando la voluntad de mi padre y mi obstinación me permitieron emprender un camino que ya no tendría retorno. ¡Ay si mamá hubiese sabido cómo esa decisión iba a condicionar nuestro futuro! Me hubiese encerrado como Rapunzel en la torre más alta del castillo impidiéndome vivir todo cuanto la vida me tenía reservado. ¡Por suerte tardó demasiado en enterarse!

Era fácil recordar el día que llegué a la ciudad porque seguía muy presente en mi pensamiento. Lo había imaginado tantas veces que me llevé una sorpresa cuando nos apeamos en Cornavin. Y digo *nos*, porque mis padres se empeñaron en acompañarme y dejarme perfectamente instalada en el pequeño apartamento que habíamos alquilado a través de la universidad y que iba a compartir con otra estudiante.

El ruido era apabullante, el calor sofocante y el olor... ¡el olor, nauseabundo! Centenares de personas iban y venían atrapadas en aquel bullicio mientras yo intentaba absorber aquella sobredosis de información con todos mis sentidos. Estábamos a inicios de los setenta y la estación de Cornavin era también un punto fronterizo y la mayor puerta de entrada de gentes del sur, inmigrantes que llegaban atraídos por un trabajo y una mejora laboral que no tenían en sus respectivos países. La estación de ferrocarril era el centro neurálgico de ese trasiego humano que buscaba entre los andenes, la correspondencia hasta su lugar de destino, en algún punto del corazón suizo o alemán y, cuando eso ocurría, cuando por fin localizaban el tren que les llevaría hasta su objetivo, echaban a correr para localizar al resto del grupo que se mantenía esperándoles salvaguardando el equipaje, maletas destantaladas y cajas de cartón.

Aparentemente nada nos unía y, sin embargo, una sensación de desarraigo, de malestar acabó por invadirme. No podía dejar de sentirme identificada, mimetizada con todos ellos aunque nuestra realidad fuese sustancialmente distinta. Ofrecíamos su mismo aspecto, su misma indecisión, su misma falta de recursos, compartíamos la misma ignorancia

y, por un largo instante, me sentí extranjera en mi propia tierra.

Una mujer sentada en un banco amamantaba pacientemente a su bebé. El pequeño, ajeno a todo cuanto ocurría a su alrededor, chupaba con fuerza el flácido pecho de su madre, mientras, a su lado, otro niño se dejaba ir, formando regueros de orín que, siguiendo la pendiente del andén, se precipitaban sobre la vía.

—¡Cuidado, Maia, mira dónde pones los pies! —La afectación en la voz de mamá martilleaba mi cabeza—. Maia, no pises ahí... ¡Maia! ¿Quieres caminar? ¡A este paso no llegaremos nunca!

Mi madre lo observaba todo con desprecio, ninguneando a esas gentes con la mirada y reclamándome lastimosamente un cambio de opinión. Yo fingía no escuchar cuando me invitaba a recapacitar, cuando le reclamaba a papá la decisión que él le había obligado a aceptar. Lamentablemente eran distintas realidades, pero una misma sensación: ambas nos sentíamos como peces fuera del agua, completamente desubicadas y lejos de cualquier referencia conocida.

Salimos de la estación. La primera visión bajo el calor asfixiante fue demoledora. No era lo que yo esperaba y me sentí terriblemente defraudada. El olor del ambiente era repulsivo, viciado. Los inmuebles que rodeaban la estación eran decrepitos, ruinosos. Ennegrecidos por el hollín, la degradación de toda esa zona se correspondía con el barrio obrero que se desarrollaba en sentido norte, pero yo todavía ignoraba ese dato. Imaginé que toda la ciudad era así, oscura, gris y sucia, terriblemente sucia.

—Maia, aún estamos a tiempo... ¡Puedes cambiar de idea, podemos volver a casa!

No respondí a la insistencia de mamá, no quería que me invadiesen más dudas.

Por fin llegamos al apartamento. Tres valores caracterizaban mi nuevo hogar: diminuto, céntrico y confortable. Dos habitaciones, un pequeño salón y una cocina y baño reducidos formaban todo el conjunto. Nada que ver con los grandes espacios a los que estaba acostumbrada pero era el centro de mi nuevo universo y por ello me parecía sencillamente perfecto. Mientras papá daba indicaciones al portero

del edificio, mamá y yo nos organizamos rápidamente para guardar todo cuanto habíamos traído y dejar nevera y despensa con reservas suficientes para unos cuantos días.

El pequeño salón se abría a la calle por una enorme ventana con un bancal que hacía las veces de asiento. Las vistas eran curiosas. Aquel indiscreto mirador establecía una peculiar relación con la calle y el movimiento que transitaba en ella. Desde ahí podía observar las idas y venidas de los vehículos oficiales que se detenían justo del otro lado, a las puertas de un edificio que alojaba diversas oficinas diplomáticas de países tan diversos como Israel o Iraq, o unas oficinas de la Delegación americana.

La proximidad de los diferentes organismos internacionales quedaba patente por la gran cantidad de vehículos oficiales que impedían un tráfico fluido, aparcados en varias filas, sus conductores se integraban en pequeños corrillos mientras esperaban nuevas asignaciones. Todos parecían conocerse y mataban el tiempo charlando animadamente para hacer más agradable la interminable espera. La vivacidad y el movimiento en la calle se mantuvieron hasta bien entrada la tarde.

Papá y mamá regresaron a su mundo con el tren de la tarde, hicimos de nuevo el camino de regreso a la estación y tras una retahíla de órdenes, indicaciones y consejos, mi ciudad se abrió con nuevos ojos. Eché a andar siguiendo a la gente y, en pocos minutos, el muelle del Mont-Blanc se abrió ante mis ojos.

Ginebra se extendía a ambas orillas del Lehmann, un inmenso lago que, en realidad, se desarrollaba en el curso del Ródano. Ambas orillas se hallaban flanqueadas por hermosos jardines y elegantes parterres graciosamente ajardinados y un paseo de frondosos plátanos que proyectaban sus sombras hacia el agua y, a sus alrededores, fastuosos edificios de estilo neoclásico dibujaban, con una línea perfecta, la silueta de la ciudad.

La pesadumbre de la mañana se disipó. Los grandes espacios que se abrían ante mí, los jardines, los grandes paseos arbolados y las grandes manchas boscosas que se dibujaban en todo su entorno, recuperaban el concepto de paisaje natural aunque el Lehmann en nada se semejase al Reuss

y el Salève y el Jura estuviesen tan alejados que solo enmarcasen la ciudad y no proyectasen su sombra en ella. El agua daba vida a la ciudad, la profundidad y extensión del lago era patente. El surtidor arrojaba sus aguas enérgicamente, sin pausa, enmarcando una imagen inigualable de la ciudad.

Sonreí, sonreí para mis adentros y sonreí para todo aquel que quisiese mirar mi rostro infantil iluminado por una expresión de felicidad absoluta. Aquel momento era mío, y la ciudad que se abría ante mí era grande y poderosa.

Desaparecían los prejuicios. La gente que deambulaba por el paseo lo hacía a paso lánguido, distendido, intentando disfrutar de la belleza de la tarde, del paisaje, de la puesta de sol y del calor del verano. La concentración racial era tan manifiesta que descolocaba. Era curiosidad, sorpresa o ambas cosas, pero esa recién descubierta Torre de Babel parecía mostrar la especial relación que establecía con sus gentes.

Absorta en mis pensamientos no me percaté del brusco cambio de tiempo y en pocos minutos unos oscuros nubarrones ennegrecieron el cielo y un viento húmedo y frío empezó a soplar. Aunque tardé bastante tiempo en comprenderlo, ese día todas las fuerzas de la naturaleza se aliaron en mi favor en una improvisada ceremonia de bienvenida.

Intenté buscar refugio pero todo el mundo se apresuraba a recoger y cerrar los puestos de helados para evitar que mesas, sillas y parasoles saliesen volando y cuando empezó a llover, lo hizo con tal fuerza que no tuve más remedio que echar a correr. De nada servía buscar cobijo en marquesinas o voladizos, el viento azotaba con fuerza y en pocos minutos el agua me había calado por completo.

La distancia que me separaba de casa no era excesiva y tardé poco en identificar el circuito que habíamos realizado durante la mañana y la proximidad del apartamento. Intenté acelerar la marcha para ganar los pocos metros que me separaban del portal, pero al girar la esquina no tuve en cuenta la posibilidad que alguien viniese en sentido contrario. ¡Y así fue! Mi ímpetu y la pendiente de la calle fueron suficientes para arrastrar a un individuo que, ajeno a todo, caminaba en dirección contraria.

En el suelo, la situación oscilaba entre cómica y embarazosa aunque mi falta de reacción me dejó fuera de juego. Aturdida y con los ojos desorbitados, la expresión de mi cara reflejaba claramente que era la primera vez que veía a alguien de color. La proximidad entre ambos no me ayudaba a reaccionar. Él, sin embargo, educado y consciente de la situación, recuperó rápidamente la compostura y tendiéndome una mano me ayudó a levantarme.

—¿Tiene usted la costumbre de ir tirándose sobre la gente? —preguntó secamente.

Su voz grave, matizada por un curioso acento que no supe ubicar me dejó, si cabe, más perpleja todavía. Un matiz de enojo, de incomodidad podía percibirse a pesar de sus cuidados modales, sin embargo, mi alelamiento y mi pobre aspecto consiguieron esbozarle una sonrisa.

—Será mejor que la acompañe, es usted todo un peligro en días de lluvia.

Esa observación, que pretendía minimizar lo sucedido, me produjo un efecto devastador. Diminuta y acoirazada, no era capaz de articular palabra sin atrancarme. Ni siquiera le pregunté si se había hecho daño, ni presté atención en cómo había quedado su traje. Con toda la naturalidad que a mí me faltaba, se sacudió un poco el agua, se sacó un pañuelo del bolsillo con el que pretendió limpiarme las rodillas que estaban sangrando y, con todo el aplomo del mundo, recuperó el paraguas que iba dibujando círculos a merced del viento, y me ofreció cobijo.

—Tengo el coche aquí mismo. ¿Quiere que la lleve a alguna parte? —insistió ante mi falta de comunicación.

—No, gracias... Vivo ahí, en el cincuenta y siete —balbuceé señalando el edificio con el dedo.

Me acompañó los escasos metros que nos separaban de mi casa y al llegar a la puerta se despidió con un *bon-soir Mademoiselle*, y me dejó con la sensación de deber cumplido.

Subí con toda rapidez y, sin pensarlo dos veces, me acerqué hasta la ventana. El hombre seguía quieto delante del portal mirando el edificio. Un gesto con la mano me dio a entender que me había visto mirándole y, por toda reacción, me dejé ir, llorando desesperadamente como si no hubiese mayor desgracia en el mundo que lo que me acababa de

ocurrir. Lloraba por la situación, por el ridículo, por mis cabellos y ropa mojados, por la impotencia y la torpeza con la que me había portado. Lloraba por el estúpido ridículo pero, sobre todo, por la expresión que ese hombre había leído en mi cara. Seguramente habría confundido mi sorpresa con repulsión o aversión o, quién sabe, con un gesto racista. No había sido capaz de disculparme ni ofrecerme para asumir el arreglo de su traje roto. Nada. Y esa falta de reacción, no dejaba de mortificarme.

Poco a poco fui calmándome y consolándome. Poco a poco fui entendiendo que ese era el precio de mi libertad. La soledad implicaba renunciar al consuelo, a la compañía, porque de haber estado en el Nêuret seguramente hubiese encontrado refugio en los tiernos brazos de la abuela Maia. A buen seguro, ella hubiese conjurado todos mis fantasmas.

Abracé mi diario e intenté transmitir las emociones del día, pero en ningún momento fui capaz de describir ese rostro afable y severo a la vez, el color oliva de la piel y la intensidad con la que sus ojos verdes me increparon. No fui capaz de definir raza, origen, nacionalidad, nada. Simplemente, sus modales, su delicada sonrisa y la profundidad de su mirada, me calaron hondo. Por la mañana, el ruido de unas llaves intentando abrir la puerta me devolvió a la realidad, había pasado mi primera noche en la ciudad, tiritando de frío y con una sensación de desarraigo que tardaría algunos días en desaparecer.

—Hola, buenos días. Soy Anne, Anne Zufferey. Tú debes de ser Maia... —Mi nueva compañera de piso estaba allí y yo me había olvidado completamente de ella.

—Tienes mala cara... ¿No te encuentras bien? —me preguntó con interés.

—No he dormido demasiado bien —respondí buscando una excusa—. Ayer por la tarde me pilló una tormenta y llegué completamente empapada —interrumpí mi narración para estornudar—. Creo que me he resfriado.

—Espero que no me contagies. Ya tengo bastante con mis crisis de asma en primavera. Si me resfrío, lo pasaré fatal durante todo el otoño. —Le sonreí sin demasiado convencimiento, mientras en mis adentros no dejaba de repetirme: “Hipocondríaca, me ha tocado una hipocondríaca”.

Anne era una muchacha de complexión fina, de cabellos largos y oscuros y ojos negros escondidos tras de unas gafas de pasta negra, que estaban muy de moda pero que a ella le invadían la cara por completo y le daban un aire demasiado intelectual, lo que contrastaba con su desparpajo y forma de ser. Autosuficiente y enérgica, se presentó sin la correspondiente compañía de sus padres, lo cual, debo reconocer, agradecí enormemente porque no me apetecía en absoluto escuchar de nuevo las peroratas moralistas que seguramente nos hubiesen echado. ¡Con las de los míos había sido más que suficiente!

Ambas habíamos realizado el examen de acceso a la ETI y aquel mismo día salían las listas con la composición de las clases. Salimos a la calle en dirección a la facultad y, cuando apenas habíamos andado unos metros, me detuve paralizada. Acababa de girar la esquina y se acercaba hacia nosotras. Me reconoció al instante y me dedicó una amplia sonrisa.

—Buenos días, señorita, ¿cómo se encuentra? Hace un día estupendo pero no olvide su paraguas, por si acaso...

Su tono era jocoso y desenfadado pero me estaba recordando el incidente del día anterior y eso me aniquiló. Volvió a reducirme a la mínima expresión. Mientras, Anne no dejaba de mirarle de una forma descarada, casi ofensiva por encima de sus gafas.

—Llevo un paraguas, ¡gracias! —le contesté secamente.

No podía evitar el sonrojarme. Notaba que hasta las raíces de mis cabellos cambiaban de color. Empujé a Anne para que siguiese caminando. Ella, en cambio, esperaba que hiciese las presentaciones.

—¡Guau! ¿Quién es? ¿De qué lo conoces? Es... Es... ¡No sé cómo decirlo! ¡Qué hombre más extraño! ¡Es guapísimo! —exclamó Anne con naturalidad.

Me sorprendió su desenfado pero me alivió saber que pensábamos lo mismo.

—¿Quieres callarte? ¡Te va a oír! —le recriminé.

Anne no paraba de pedirme que le explicase cómo le había conocido y al final accedí a contárselo no sin antes hacerle prometer que no se reiría de lo que le iba a decir. Empecé a relatarle lo sucedido durante la tarde anterior. Anne empezó a reír a carcajadas y, poco a poco, fue contagiándome con su risa frenética.

Cruzamos el puente del Mont-Blanc que, en aquellos días, y siempre que había convenciones internacionales, lucía las banderas de todos los cantones que formaban la Confederación y nos dirigimos hasta la universidad deteniéndonos por el camino en cada tienda, en cada escaparate, para observar las maravillas inalcanzables que allí se exponían: bolsos, zapatos, vestidos, joyas... Todo, absolutamente todo, era rigurosamente ridiculizado y cuestionado por mi compañera, que no se detenía ante nada. Su espontaneidad y su forma de hacer me divertían. Era tan ingeniosa que resultaba imposible no darle la razón. Ese primer trayecto nos ayudó a conocernos, pero fue la alegría que tuvimos al comprobar que estábamos en la misma clase la que nos ayudó a considerarnos. Desde aquel preciso momento empezamos a valorarnos y a respetarnos.